

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Fernando Collor de Mello

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	De Oliveira, Francisco
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-06-12 02:14:32
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220534

Fernando Collor de Mello. Perfil de un prestidigitador

De Oliveira, Francisco

Francisco De Oliveira: Cientista social brasileño. Investigador del Centro Brasileño de Análisis y Planeamiento - CEBRAP, San Pablo; profesor de la facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de San Pablo. Autor de diversos ensayos y libros sobre economía y problemáticas sociológicas brasileñas.

Quizá de manera sorpresiva hasta para sí mismo, un ambiguo y oscuro político de segunda línea del Nordeste brasileño acabó ocupando la Presidencia. Una crisis inédita en el Brasil, junto a un discurso de tipo mesiánico que depositó su efecto en el choque contra la política, los políticos y los diversos actores sociales, acumulan hoy cada vez más tensión derivando a un estado de situación en el cual cabe cada vez menos el optimismo

El 17 de diciembre de 1989 tuvo lugar la segunda vuelta de las elecciones presidenciales en el Brasil. De un lado, Fernando Collor de Mello al frente una heteróclita composición de fuerzas sociales y políticas¹ y, del otro, Luiz Ignácio Lula da Silva, candidato por el Frente Brasil Popular². Los partidos principales, como el Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB) y el PFL, obtuvieron una estrepitosa derrota de sus candidatos en el primer turno (Ulysses Guimarães, por el PMDB, alcanzó un 4% y Aureliano Chaves, por el PFL, el 1%); en la segunda vuelta estos partidos se inclinarían por Lula el primero y por Fernando Collor el segundo. En rigor, la definición de estos dos grandes partidos en la segunda vuelta no alteró cualitativamente el encuadramiento ideológico-político dentro del cual se desarrolló la confrontación.

¹ Los partidos que dieron apoyo a Collor de Mello fueron el Partido de Reconstrucción Nacional (PRN), el Partido del Frente Liberal (PFL), el Partido Democrático Social (PDS) y el Partido Laborista Brasileño (PTB).

² Las organizaciones integrantes del Frente Brasil Popular: Partido de los Trabajadores (PT), Partido Socialista Brasileño (PSB), Partido Comunista del Brasil (PCdoB) en el primer turno, al cual se sumarían en el segundo el Partido Democrático Laborista (PDT), el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB) y el Partido Comunista Brasileño (PCB).

Proceso electoral y crisis de dominación

El extenso interregno marcado por el vacilante gobierno de José Sarney - bautizado de Nueva República por el presidente electo en el Colegio Electoral, Tancredo Neves - con sus vacilaciones e indecisiones, ya preanunciado por los tres últimos años del gobierno militar bajo la presidencia de João Figueiredo, preparó el camino para una campaña y para un candidato mesiánico y triunfalista; a contrapelo de todo el trayecto anterior, de constitución de una resistencia democrática, de la emergencia en la escena política de nuevos actores y sujetos, de la novel organización sindical trabajadora y de nuevas instancias de articulación burguesa, del surgimiento de una opinión pública sensible, del retorno a un papel más visible de la prensa, y finalmente de la constitución de nuevos partidos políticos.

Aquello que este largo interregno permitió y preparó, según ha señalado José Arthur Giannotti³, fue el desgaste de las instituciones, la pérdida de la credibilidad de la política y los políticos. Resulta claro que esta erosión de la credibilidad ha tenido significados diversos según las diferentes clases y grupos sociales, pero el proceso electoral funcionó como un ojo del huracán, disipando esas diferencias y reduciendo todo a su común denominador.

La segunda vuelta electoral fue un verdadero conflicto de clases, expresado electoralmente en las formaciones que se alinearon en torno a los dos candidatos mejor ubicados en el primer turno. Más que los partidos que los apoyaron - en última instancia, apenas leyendas electorales - fue, en primer lugar, el enfrentamiento entre dos candidatos de raíces sociales y políticas diametralmente opuestas lo que transformó a la segunda vuelta en una lucha de clases electoralmente codificada. No sólo la oposición entre un candidato de buena cuna - hijo de la oligarquía nordestina bien colocada y desde mucho tiempo atrás perteneciente al círculo restringido de las clases dominantes del Nordeste, miembro también de los nuevos sectores nordestinos⁴ que, en el largo proceso de los años 50 de oligarcas se transformaron en empresarios capitalistas sin obviar la ayuda de matones y de trabucos -; contra un candidato, irónicamente también nordestino⁵, inmigrante en San Pablo, miembro de las nuevas clases obreras del ABC paulista, fundador y líder principal del único partido de base clasista, el PT. Más que inmigrante y nordestino y, consecuentemente, pobre en relación con su adversario, fue su carácter de líder sindical

³«Tráfico de esperanças» en Novos Estudos CEBRAP n° 26, 3/1990, pp. 25-38.

⁴V. Francisco de Oliveira: «A metamorfose da arriça» en Novos Estudos CEBRAP, N° 27, 7/1990, pp. 67-92.

⁵V. Francisco de Oliveira: «O marajá super-kitsch» en Novos Estudos CEBRAP, n° 26, 3/1990, pp 5-14.

indiscutido y fundador del PT el hecho que transformó la confrontación electoral en una expresión de conflicto de clases.

Su adversario, el hoy Presidente, se distinguía políticamente como producto del autoritarismo habiendo sido alcalde - nombrado - de Maceió; diputado federal por el PDS que en las elecciones indirectas entre Tancredo Neves y Maluf votó por éste último (además, su padrino en su segundo casamiento); se lo eligió gobernador del estado de Alagoas por el PMDB, y luego se transformaría en una de las alternativas conservadoras para la transición, aunque no fuese un valioso representante del régimen burocrático-militar.

Conviene completar, brevemente, la biografía del actual Presidente brasileño. Fernando Affonso Collor de Mello es hijo de Arnon de Mello, quien fue senador y gobernador del estado de Alagoas; su madre, Leda Collor de Mello, es hija de Lindolpho Collor, primer ministro de Trabajo de Getulio Vargas por los años 30. De ahí viene la relación de su padre, Arnon, con el varguismo, al amparo del cual, inclusive, se enriqueció con negocios inmobiliarios en la construcción de la Avenida Presidente Vargas, en Río de Janeiro, en la década del 40. Arnon de Mello no era cabalmente un «coronel» de la política alagoana, sino más bien un político promovido por Vargas para sustituir los cuadros de la Vieja República vencida por la Revolución del 30. Sin embargo, a partir de entonces organizó un imperio económico de considerables proporciones para Alagoas; importante sobre todo por concentrarse en el sector de comunicaciones: el principal periódico local, el principal canal de televisión - que retransmite la Rede Globo y que será importante para el futuro apoyo que Collor recibirá - y varias emisoras de radio.

Fernando Collor no se hace notar, antes, en ninguna actividad; tampoco incluso frente a los negocios de la familia. Su historia, o mejor, su fama, era de «niño de papá» en Brasilia, miembro de pandillas juveniles, y existe más de una insinuación de actividades no demasiado legales, para decir lo mínimo. Deambuló entre Río de Janeiro, donde nació, Brasilia, donde pasó la mayor parte de su juventud, y Maceió, que es el reducto familiar. Hasta ser agraciado con la alcaldía biónica de Maceió, nombrado por la dictadura, de donde salió para candidatearse a diputado federal y, posteriormente, a gobernador de Alagoas.

Cerrando el paréntesis, directamente ligado a la naturaleza de los contendores de la segunda vuelta, fueron los apoyos sociales recibidos los que descifraron el código de clases inscripto en la confrontación. Este argumento podría ser descalificado por la circunstancia de que buena parte del electorado que votó a Collor pertenecía

a los sectores más pobres de la sociedad; su 28% del primer turno provinieron masivamente de esos sectores que él llamó, recordando al peronismo, los «descamisados». Pero fue desde esa plataforma popular que él se alzó - fracasados rotundamente los candidatos propiamente de derecha - como candidato también de las burguesías y de todas las fuerzas interesadas (con la poderosa Rede Globo al frente) en la perpetuación de un patrón de exclusión social y política de la mayor parte de la sociedad brasileña. El propio Collor se encargó de descifrar aquello que para los ingenuos era apenas un enigma: interrogado, después de su elección, sobre cómo retribuiría el apoyo recibido de las burguesías - traducido ostensiblemente en un aparato publicitario y en una estructura proselitista gigantesca - el ya entonces electo Presidente respondió que había pagado aquella deuda derrotando a Lula, el monstruo de las burguesías y de todos los sectores empresariales-burocráticos. El candidato del PT y de las otras formaciones políticas que a él se unieron recibió el apoyo de las fuerzas sociales de la órbita de estos partidos, con la pérdida parcial de los votos que habían pertenecido a Mário Covas en el primer turno, sobre todo en los estados más ricos, principalmente São Paulo, Paraná y Santa Catarina.

Los debates por la televisión para la segunda vuelta, que todo el Brasil observó, fueron otros dos momentos en que ese rasgo de conflicto de clases electoralmente codificado ganaría consistencia y expresión. En el primer encuentro, una conclusión generalizada en toda la opinión pública, el candidato obrero obtuvo una nítida ventaja mientras Collor caía, estaba todo el tiempo a la defensiva. Inmediatamente, los muestreos de intención de voto señalaron un decidido aumento en el puntaje de Lula, acorralando a su oponente. Se desarrolló el segundo debate, dos días antes de la contienda, y la posición se invirtió: estuvo precedido por la utilización de los más bajos recursos de la propaganda anti-Lula en los espacios gratuitos de radio y televisión, tal como la presentación de una ex-enamorada del candidato del PT que declaró que la hija que tuvieron juntos, legítimamente reconocida y registrada por Lula, había corrido el riesgo de ser «asesinada» ya que el candidato del PT le había propuesto a la madre que se practicara un aborto para evitar el nacimiento de la niña. Lula entró en el programa, como se dice, con la moral baja. Y todo el odio de clase del candidato Collor se destiló a la vista de todos: «acusó» al candidato del PT de ser analfabeto; dijo que Lula tenía tres automóviles mientras que él, Collor, no tenía siquiera recursos para comprar un vulgar aparato de sonido conocido como «tres en uno». Mezcló todos los emblemas del odio de clases y los preconceptos socialmente atávicos, apenas moderados para quien evidentemente se dirigía esta parte del discurso del candidato «moderno»: el preconcepto religioso contra el aborto, los sentimientos insondables hacia los hijos, la espuria ligazón entre aborto y muerte, con lo que se igualaba a Lula con los criminales más repug-

nantes, en un ambiente donde la ola de secuestros y asaltos excitaba el imaginario. Fue claro, en este segundo debate, que Lula había sido el perdedor, lo que a su vez repercutió, si no en la baja de su nivel en las encuestas de intención de voto, por lo menos en el estancamiento de la progresión anterior de su ascenso.

El mismo día de la elección mostró hasta qué límites podían hacer llegar a sus oponentes el odio de clase y la crisis desatada por la ascensión del candidato del Frente Brasil Popular. Un importante empresario había sido secuestrado días atrás; la policía ya tenía localizado el escondite y había detenido a uno de los secuestradores, con quien negoció la rendición, las condiciones y el «timing» del episodio final. La rendición no podía denunciar sino lo obvio: el empresario había sido secuestrado por elementos ligados al PT. Un sacerdote progresista había arrendado el escondite; los secuestradores aparecieron disfrazados con una camiseta de apoyo a Lula y, en la vivienda, se encontró abundante material propagandístico de su campaña. Los televisores se ocuparon minuto a minuto del caso; la colaboración «discreta» del entonces gobernador de São Paulo daría el toque de gracia: su propio secretario de Seguridad, el hoy gobernador Luiz Antonio Fleury Filho, afirmó enfáticamente que los secuestradores «probablemente» estaban ligados al PT. Y un periódico de Río Branco, en Acre, región con un huso horario diferente al del resto del país, «informaba» en el mismo domingo electoral, antes de desencadenarse la farsa en São Paulo: «El PT secuestra al empresario Abílio Diniz».

Esta extensa descripción sirve para destacar un punto: aquello que transformó una elección en una codificación del conflicto de clases, tal vez sin paralelo ni antecedentes en el Brasil, fue una crisis del régimen que, por el ascenso al primer plano del candidato Lula, tendió a transformarse en una crisis de dominación social o de hegemonía. Frente a esto, todas las diferencias previas en el sector anti-Lula, que eran enormes, desaparecieron para constituir un bloque absolutamente heterogéneo de fuerzas sociales y políticas que recurrieron a todos los recursos para evitar su derrota; y aquí, lo que menos contaba eran los partidos políticos que apoyaban al candidato Collor. La confesión del ex-gobernador de São Paulo, Orestes Quércia, de que la presión para el desenlace del secuestro provino del Comando Militar del Sudeste pone en evidencia que los comandos militares ya habían sobrepasado los límites de la legalidad y un golpe se planeaba o estaba ya en ejecución.

Las elecciones, en el primer turno, no fueron un conflicto de clases. La cantidad de candidatos y el espectro político que representaban apelaban menos a contenidos clasistas - con la insólita excepción del Frente Brasil Popular - y más a diferentes variantes de agregación de intereses propiamente partidarios, sectoriales o regio-

nales. Collor, quien subió inmediatamente en las encuestas de intención de voto desde marzo de 1989, alcanzando incluso más del 50%, lo que le daba chances de ganar ya en el primer turno, tampoco se encuadraba al modelo general. Pero no lo hacía por razones completamente opuestas. No obstante haber sido calificado durante la campaña de «populista», demagogo, y, en principio, no haber aparentemente implicado peligro alguno para los liderazgos fuertemente consolidados y ampliamente respaldados, su calificación de populista estaba referida a su despliegue durante la competencia. «Outsider», apoyándose en un partido fundado para sostener su candidatura, ex-gobernador de un estado pobre y electoralmente inexpresivo, hablaba directamente al «pueblo», aunque sin duda en un sentido radicalmente diferente al concepto de «interpelación» propuesto por Laclau⁶.

Lo que el primer turno ya mostraba, por esto el ascenso de Collor en las encuestas, era que la crisis no resultaba adecuada para las propuestas de agregación de intereses, de los modos más variados, que los múltiples candidatos representaban. En otras palabras, no se estaba en un período de «normalidad» en los términos en que la define O'Donnell⁷, y apenas dos discursos tenían condiciones de trascender: primeramente el del propio Collor y en segundo lugar, más remotamente, el del propio Lula. No se trata aquí de hacer una profecía retrospectiva, con el beneficio de los resultados, sino de describir los términos en que se desenvolvía el primer turno, en medio de una crisis de credibilidad del Estado, de las instituciones, de la política y de los políticos, de acumulación del capital, que impedía que el mecanismo de agregación de intereses funcionara abarcadoramente, de modo que las candidaturas «normales» fuesen las beneficiadas. Desde el punto de vista de las chances del candidato del FBP, lo que se está diciendo aquí es que él apelaba a la organización de clase en un sentido estricto y no a las agregaciones de intereses, y por esto no era limitado por la «anormalidad» del período; pero, también, exactamente porque apelaba a las clases o sectores de clases organizados, sus posibilidades de decidir a su favor la parada en el primer turno eran, en rigor, apenas quiméricas. En los vastos espacios abiertos por la desorganización social quien podía ganar votos era Collor y no Lula.

El camino del falsificador

¿Quién pavimentó el camino del falsificador? El elemento mesiánico nunca alcanzó, salvo en una sola ocasión, el centro de la política brasileña de manera de sobrepasar todas las demás fuerzas políticas. Esa única ocasión se llamó Jânio Quadros.

⁶V. Ernesto Laclau: *Politics and ideology in Marxist theory*, NLR Books, Londres, 1978.

⁷V. Guillermo O' Donnell: *Análise do autoritarismo burocrático*, Paz e Terra, Río de Janeiro, 1990.

Collor es, en este preciso sentido, un émulo de Jánio. Todas las características de la personalidad les son comunes: intemperividad, arrogancia, narcisismo, imprevisibilidad, inestabilidad emocional, gusto por lo exótico, por lo extravagante, por el riesgo gratuito, y un no difícilmente perceptible perfil de «clown» ridículo y grotesco. Hasta el sadomasoquismo de ofender a los pobres, los «descamisados», que en ellos confiaron y a ellos votaron. Diferencias hay y son muchas: Collor es un «clown» rico, posee buen origen de clase, mientras que Jánio era, al inicio de su carrera, un maestro de escuela; lo extravagante y ridículo de Collor es correr en «jetski» y hacer «cooper» en pleno invierno en los jardines del Chateau D'Artigny, mientras que Jánio comía sandwiches de mortadela en los quioscos callejeros, se empolvaba con harina de trigo para simular caspa y metía la cabeza en una gorra de conductor del CMTC (Compañía Municipal de Transportes Colectivos). Más que características de la personalidad, son las circunstancias de la coyuntura política que precisamente crean la posibilidad de que personalidades mesiánicas sobrepaesen el conjunto de la política institucionalizada.

Collor es emblemático de un mesianismo político urbano. La caracterización de su irrupción es difícil en la medida misma en que, salvo Quadros, ella no tiene antecedentes en la política brasileña. No es populista, pues no interpela a la radicalidad de las masas en proceso de integración en una sociedad cerrada, conforme Laclau. La interpelación populista, si bien confunde a la ciudadanía, tiene, no obstante genérica, una fuerte apelación de clase. Sus llamados son de justicia social, redistribucionismo, acceso a los bienes públicos, incitación contra las oligarquías dominantes - tanto rurales como urbanas -; Collor actúa en un cuadro en el que esa integración ya se produjo, descontadas todas las desigualdades, asunto - además - de ocultamiento populista. E incluso actúa en una escena donde el populismo ya ha sufrido su más seria derrota, desde 1964, y en el que buena parte del movimiento sindical, base del populismo brasileño - como también de todos los populismos latinoamericanos - se había reconstituido exactamente en ausencia de aquél y contra sus liderazgos reminiscentes. El populismo, además, no es antiestatal, y se estructura como una forma política contemporánea de intervención del Estado en la economía, en las condiciones específicas brasileñas o latinoamericanas, en que la construcción de un Welfare State precario, corporativo-estatal, es una de sus vigas maestras.

Collor tampoco se encuadra en el modelo autoritario, tal como lo define Guillermo O'Donnell. Pues, al contrario del autoritarismo - del que, además, todas las personalidades mesiánicas y todo mesianismo están repletos - él apela al «pueblo» en general, «mi gente», la expresión callejera favorita del hoy Presidente brasileño.

Conforme la experiencia latinoamericana⁸ enseña, la emergencia del autoritarismo - y específicamente del autoritarismo burocrático - y la implantación de regímenes de su filiación, son todo menos un «rayo en un día de cielo azul»: se trata de movimientos organizados, abarcando vastos sectores de la sociedad, teniendo incluso a las fuerzas armadas al frente, no son movimientos ni regímenes que se organizan ni se mantienen a contrapelo de las principales fuerzas sociales y económicas. Ya el posible parentesco con el fascismo es más razonable, desde el punto de vista de una de las posibles consecuencias del mesianismo, o sea, la implosión del orden social por la derecha; pero visto desde el ángulo de su producción y de su surgimiento, el mesianismo «collorido» no se encuentra sustentado por ninguna fracción expresiva, o incluso poco significativa, de los movimientos sociales o de grupos sociales más específicos, al contrario del fascismo. La cifra del mesianismo de Collor fue admirablemente expuesta sin retoques por uno de sus principales jefes de campaña, que pasó a ser un opositor feroz del Presidente, después de haber sido su líder en la Cámara de Diputados: «¿Cómo un grupo de jóvenes advenedizos y petulantes de Alagoas puede asaltar y tomar el poder?»⁹.

Pero, la pregunta se repite: ¿quién preparo el camino de este «salvador»? ¿Cuáles fueron las condiciones políticas, económicas y sociales que dieron lugar a la victoria de ese extraño mesianismo urbano, teniendo como supremo «condottiere» a un joven rico y extravagante, al contrario de toda la configuración política preva-
lente, realizando una «summa» de todas las crisis parciales y sectoriales, llevándola desde el nivel del suelo hasta la profundidad de una crisis de dominación social?

La respuesta sintética es simple en su enunciado: el total descalabro de la Nueva República. Retrospectivamente, puede extenderse la enumeración de los «culpables»: la década perdida de los 80, con agotamiento del dinamismo económico, la primera tasa negativa de crecimiento del producto en toda la moderna historia económica brasileña - 4,3% en 1981 -, una grave crisis de acumulación (para lo que la deuda externa y su servicio anual contribuyeron poderosamente), la total erosión de la capacidad del Estado para proporcionar previsibilidad a una economía compleja (con una enorme expansión de la deuda interna que, si por un lado sustentaba el desarrollo de los capitales privados, por el otro casi anuló la capacidad de inversión pública en una economía fuertemente inducida por el comportamiento estatal); casi como corolario necesario, el deterioro de todos los servicios públicos, mayormente de aquéllos mediante los cuales el Estado, en cierta forma, atendía

⁸V. Guillermo O' Donnell: op. cit.

⁹Renan Calheiros, ex-militante del PCdoB en Alagoas, relatando el surgimiento de la candidatura de Collor. Renan se distanció de Collor después de perder la elección para gobernador de Alagoas, pero a esta altura ya se reapproxima...

crecientes demandas populares. El énfasis de estas palabras previas significa decir que los servicios o bienes públicos en verdad se habían expandido, y, sorprendentemente, mejorado. Fue la visibilidad de esa expansión y mejoría que se opacó en la medida en que, sin crecimiento económico, la capacidad redistributiva de la política social pública se agotó. La Nueva República hereda algunos de esos elementos y contenidos críticos, los cuales permanecen en franco deterioro, y a los cuales agrava una crisis de credibilidad pública, del Estado, de la política y de las políticas, sin paralelo en la moderna historia política brasileña. Sobrevolando todo esto, la crisis económica en la Nueva República asumía intermitentemente el carácter de «borde del abismo»: la hiperinflación mostró su cara, por primera vez, cuando llegó al 15% mensual, en las vísperas del Plan Cruzado, volvió a recrudecer hasta un 29% mensual dando origen al Plan Bresser, y cuando Sarney descendió por última vez la rampa del palacio de Planalto en marzo de 1990, ella era del 80% mensual. Este fue el pavimento sobre el cual caminó el «mesías» de Alagoas.

Crisis y mesianismo

El discurso de Collor a lo largo de la campaña para el primer turno se atuvo ostensiblemente a los puntos cruciales de la crisis brasileña; recién en la breve campaña para la segunda vuelta es que se revistió, decididamente, de características de clase resucitando los temas del anticomunismo. Pero, como durante el primer turno, su forma de abordar los puntos cruciales ya era, marcadamente, neoliberal. No fue, mientras tanto, este rasgo neoliberal el que construyó su éxito junto a los «descamisados»: antes fue la arremetida contra el sistema político-partidario (su partido se llamaba, emblemáticamente, de Renovación Nacional, y había sido inscripto en la Justicia Electoral, antes de que Collor lo «arrendara», como Partido de la Juventud), denunciando a los corruptos, las lacras sociales identificadas no desde el ángulo de la desigualdad en la distribución de la renta y de la violencia del proceso de acumulación, sino desde el punto de vista de la ineficiencia del Estado. Procuró, desde luego, distanciarse y diferenciarse de los políticos. Rechazó el apoyo de las organizaciones empresariales, despreciándolas, tildándolas de élites ineptas y sin sensibilidad; se refirió al jefe de la poderosa Federación de Industrias del estado de São Paulo llamándolo «mafioso». Se distanciaba, igualmente, de cualquier otro tipo de élite creando, en torno o sobre él, el aura de un solitario caballero andante, contra todo y contra todos. Los empresarios simplemente eran avaros e incompetentes, pues sus empresas crecían a la sombra de los favores estatales; los políticos eran corruptos e ineptos, los sindicatos de trabajadores eran máquinas de corrupción al servicio de intereses personales y políticos.

En suma, alrededor del corazón de la crisis, cuyo aspecto más notorio era precisamente la incapacidad del Estado - y cuya esencia, desde el punto de vista de la industrialización brasileña, también se actualizaba por su impotencia -, él movilizó toda la frustración, todo el resentimiento, todas las carencias, sobre el «ojo del huracán» de la crisis: de hecho, para la gran mayoría de quienes no están protegidos por ninguna gran organización - por ejemplo el enorme sector informal de la economía brasileña, incluso en São Paulo - que lucha por el reajuste de salarios, como mínimo en períodos de hiperinflación, la acción del Estado aparece - y ella lo fue durante un largo período - como la única capaz de producir efectos compensatorios, aunque insuficientes, para atenuar - o disimular - el violento deterioro de las condiciones de vida. Es justamente sobre esos vastos sectores sociales que la desorganización, la incuria y la ineficiencia del Estado se abaten, apareciendo bajo los ropajes del discurso «collorido»: las colas frente al INPS (Instituto Nacional de Seguridad Social) parecían ser el resultado de todo eso y de la arrogancia e insensibilidad de los funcionarios. La falta de dinero del gobierno aparecía como la contrapartida de los «altos» salarios de los «marajás». Por medio de esta ejemplaridad, Collor logró simbolizar toda la crisis y su base de apoyo: la credibilidad del Estado, de las instituciones, de las políticas y de los políticos. Entonces, mientras los partidos políticos más importantes y sus líderes más representativos avanzaban en el sentido de sus particularidades, Collor puso el dedo en la llaga mayor, más extensa, aquella que sintetizaba y somatizaba al mismo tiempo todas las crisis particulares, sectoriales.

Durante la campaña, él mismo se transformó en un icono. Joven, demasiado elegante - la imagen de un «yuppie» -, audaz y arrogante, consiguió convertirse en la modernización en persona. Desde el primer turno, atacó los temas caros a la gran burguesía, simbólicamente articulados alrededor del combate contra los «marajás». En el vuelco para la segunda vuelta, catapultado por el 28% conseguido sobre todo en las franjas más pobres de la población se transformó también en el candidato del gran capital. Entre tanto, su carácter de «outsider» no lo hacía un candidato enteramente confiable para la gran burguesía, sobre todo si quedaba comprobada su calidad de «mesías» para la gran masa de los más pobres¹⁰. Es decir, la gran burguesía comenzó a temer entregarse a lo que muchos ya llamaban un «Antônio Conselheiro» urbano y rico, en una alusión al místico de Canudos, cuando a finales

¹⁰La apelación mesiánica de Collor se sirvió, también, de otros iconos caros a las grandes masas: en el Nordeste rural, él incluyó en su comitiva al conocido fray Damião, un fraile franciscano de edad avanzada, famoso por su catolicismo ultramontano, (por eso mismo execrado por la iglesia de la teología de la liberación), que durante por lo menos sesenta años ha recorrido los caminos semiáridos del desierto nordestino, solitario, convocando al pueblo para la penitencia y para el día del Apocalipsis.

del siglo xix enfrentó y derrotó al ejército imperial repetidas veces, hasta ser literalmente barrido de la faz de la tierra.

«No me dejen solo», clamaba el candidato Collor a las masas que acudían a sus actos. Y la gran burguesía percibió que, de hecho, él estaba solo, pues su peso electoral se basaba en los que no estaban organizados, y además él se enfrentaba, precisamente, a todos los sectores organizados de la sociedad. Llegando de Alagoas sin «staff», sin penetración en los medios académicos y culturales, empresario que jamás se había dedicado a los prósperos negocios de la familia, protegido por poderosos intereses alagoanos que, a escala nacional, casi nada representaban, con una historia conocida de negocios oscuros - que, ya en la Presidencia, exhibirían sus facetas - Collor se vio inmediatamente cercado por la gran prensa, por las poderosas cadenas televisivas, portavoces de la gran burguesía que, a esa altura, ya estaban haciendo su trabajo. Cuando todo parecía bajo control, emergió el tiempo mesiánico.

El tiempo mesiánico se opone a cualquier otra temporalidad, de manera radical. El es, de una sola vez, promesa infinita e indefinida: un rayo que puede abatirse de repente, sin aviso, apocalípticamente. Y su llegada es el «dies irae» de venganza, que es también día de justicia. Ese rasgo esencial del tiempo mesiánico choca frontalmente con un sistema previsible, y para Collor, esa contradicción avanzó rápidamente: al final, existía una fecha prevista para su posesión, que gran parte de sus electores interpretaban, justamente, como el «dies irae». El «mesías» trató de compatibilizar, a su favor, esa contradicción casi fatal, principalmente en una sociedad ya muy invadida y atravesada por los medios electrónicos de comunicación de masas que «transmiten» el «dies irae» instantáneamente. Así, en acuerdo con el nuevo Presidente, Sarney anunció el «dies irae»: fue decretado un largo feriado bancario que comenzó un día antes de la posesión, el 14 de mayo de 1990, un miércoles. prologándose hasta el fin de semana¹¹.

Con la expectativa en el aire, Collor tomó posesión dando contenido al tiempo mesiánico: un radical programa económico, cuya piedra angular, desde el punto de vista de la teoría antinflacionaria del equipo del Presidente, consistía en reducir vigorosamente los niveles de liquidez monetaria y cuasi-monetaria, con un secuestro, nunca visto antes en ninguna parte del mundo, de los activos financieros en poder del público. Para los «descamisados» el congelamiento, que incluía las libretas de

¹¹Esa suspensión del «dies irae» lo reforzó: en las colas de los cajeros electrónicos, a donde se recurría en la sorpresa del cierre de bancos, no se escuchaba reprobación, sino una confianza renovada en que, si esto se hacía, era necesario para evitar que los ricos huyeran con el dinero del país; y este acto autoritario confirmaba que el Presidente cumpliría sus promesas.

ahorro - el más confiable instrumento de protección de la gran masa del pueblo contra la erosión inflacionaria -, tuvo un significado de venganza y justicia, pues los activos financieros de los ricos - todo el dinero que circulaba en el «open-market» - también fueron secuestrados y congelados por 18 meses. De acuerdo con la teología mesiánica, el secuestro del ahorro de los pobres era el «sacrificio» necesario que los «justos» debían realizar para que la «venganza» sobre los «prevaricadores» fuese efectiva, después de lo cual transcurriría el tiempo «de la leche y de la miel» para los pobres, es decir, la caída de la inflación. Una simple impotencia de la teoría monetaria manejada por los asesores presidenciales, en todo caso común al conocimiento académico dominado por la simbiosis de neoclasicismo y monetarismo, se transformó en la concretización de las promesas mesiánicas. Con duras consecuencias.

Este «mesías» es, por lo menos, una personalidad trágicamente curiosa. Como todos los mesiánicos, tiene una aguda percepción de la oportunidad; pero, al contrario de los grandes mesiánicos, casi siempre indiferentes a lo que sucede en torno y a las consecuencias del «dies irae», él sabe que el «rayo mesiánico» tiende a perder eficacia a medida que se diluye el impacto inicial y a medida que otros actores entran en acción. Así, para conjurar el primer efecto negativo, él preparó, astutamente - en consonancia con su propia personalidad y su aislamiento político real -, una serie de apariciones pirotécnicas, de un histrionismo vulgar, dislocando continuamente el foco de las atenciones. Para conjurar el segundo peligro, atrajo para sí todas las responsabilidades, un riesgo exagerado para quien no tenga ninguna sólida sustentación en las fuerzas organizadas.

Nueva oligarquización

Una evaluación de la administración Collor, con base en sus resultados, visibles y ostensiblemente frustrados, negativos y funestos, puede conducir a una falsa perspectiva de su fracaso total. Pero sería una ingenuidad, puramente academicista o movida por intenciones opositoras miopes, decretar ese fracaso. Lo que es importante es observar hasta qué punto la orientación del gobierno de Collor tiene condiciones de perdurabilidad.

El sentido general del gobierno, de sus planes e instrumentos, es inequívocamente privatizante; esto no quiere decir, de manera simplista, que se pretende retirar al Estado de la economía - sin duda imposible, especialmente si se desea caminar en dirección al Primer Mundo y no permanecer apenas como «pasto», lo que puede ser, contradictoriamente, una de las perdurabilidades del gobierno de Collor -, ni

tampoco quiere decir simplemente privatizar empresas estatales. El sentido inequívocamente privatizante del gobierno de Collor es de una fuerte dislocación de lo público en favor de lo privado, fundado en una incomparable privatización de lo público sin la correspondiente publicización de lo privado. Esta dirección toma formas concretas en todos los capítulos de la actuación del nuevo Gobierno.

Desde el punto de vista inmediatamente coyuntural, la profundización del fracaso de la administración Collor puede hacer reaparecer la intervención militar. Collor ya agotó sus recursos de prestigiatador y el «rayo mesiánico» ya no puede funcionar más - por lo menos en sus manos -. El agravamiento de la crisis, con un total descontrol corroyendo el pilar básico del sistema institucional que es la Presidencia, puede desembocar en el parlamentarismo; o dependiendo de la velocidad de los acontecimientos, con la hiperinflación puede producirse una violencia generalizada sin sentido alguno de transformación. Para detener esa revuelta de los «descamisados» sería solicitada una intervención militar, que tanto puede tomar la forma de una tutela sobre Collor cuanto deponerlo. Pero no tendrá capacidad de anular las temporalidades distintivas de la sociedad, que son estructurales y no coyunturales. Estas sólo son afectables por transformaciones igualmente estructurales, que son las que están en juego en las tendencias analizadas.

El movimiento desencadenado por Collor y su proyecto, a pesar de las apariencias en contrario, tiende a desembocar en una nueva oligarquización de la política brasileña. Es verdad que la violencia de las rupturas propugnadas por Collor se abate contra fuertes intereses arraigados; su movimiento, por eso, adquiere de inmediato características de ir contra todos los sectores, clases y grupos organizados de la sociedad. Pero, si se observan las relaciones del Congreso y de los principales partidos, el comportamiento de la gran prensa, las reacciones y articulaciones del gran empresariado y, «last but not the least», el comportamiento de sectores sindicales, como la propia CGT y, más importante, la Fuerza Sindical de Luiz Antônio Medeiros, la conclusión a la que se llega es bastante diferente. Lo que está en curso - sin seguridad de que así acontezca efectivamente - es una larga operación de cooptación de parte a parte; esto es, grandes fuerzas sociales y políticas (con la exclusión del PT y de la CUT), que intentan comprometer a Collor alrededor de algunos compromisos formales, y un aprovechamiento del ímpetu «collorido» para romper los puntos ambiguos de la larga agenda contradictoria de la economía y de la sociabilidad más general.

A esto Collor no puede escapar. Su «handicap», el de no poseer base política cobra, ahora fuertemente, los intereses; las propias características de «outsider» del Presi-

dente lo han llevado a recorrer, reiteradamente, las «fugas para adelante» buscando nuevos impactos que lo mantengan «libre» de los estorbos de los compromisos formales con la institucionalidad. Pero esta es una táctica de corto aliento, y la propia prensa, el empresariado y los partidos políticos que participan del juego cortésano ya percibieron aquel límite, que podría convertirse en un peligro constitucional grave. Del otro lado, el carácter de pastiche de «líder de masas» de Collor no resiste la prueba de sobrepasar, definitivamente, los límites de su propia clase; posee un indefectible carácter farsante, que apenas impide el camino hacia experiencias más drásticas, así como el conjunto de fuerzas brevemente enumerado tiene recursos políticos que el Presidente no tiene, a fin de evitar, si fuese el caso, el definitivo abrazo fatal entre el líder y las masas que lo eligieron.

La cuestión que resume la argumentación de estos párrafos, es que el «cordon sanitaire» que, al mismo tiempo, busca aprovechar los impulsos de ruptura de Collor y aislarlo de sus bases electorales y, en un movimiento más amplio, dejar afuera, también, las fuerzas sociales y políticas que se oponen a Collor, esto es el PT y la CUT, es ya una especie de «autoritarismo consentido» o «autoritarismo electo». El desenlace previsible de las crisis provocadas por Collor, desde el punto de vista político-institucional, es el de «autoritarismo electo» (En el transcurso, puede darse el desvío hacia una intervención militar, como ya se observó anteriormente). El amplio arco de esta aberración incluye al propio Collor, todos los partidos con excepción del PT, y todas las fuerzas sociales, con exclusión de la CUT. El mismo PDT de Brizola se encuentra dentro de este esquema; de él sólo saldrá si, en el camino de construcción de esa amplia coalición «autoritaria constitucional», fueran colocados obstáculos a los proyectos de mayor liderazgo pedetista, o en el caso en que el parlamentarismo estuviera en el centro de los acuerdos, lo que es altamente improbable.

Si el desenlace de la crisis política - configurada por el desencuentro entre un Presidente mesiánico y voluntarista sin bases políticas y un conjunto de fuerzas sociales y políticas que buscan aprovechar su impulso porque carecen de aquel «carisma» para operar las rupturas - bien puede ser prosaico, resolviéndose en un nuevo acomodamiento «autoritario», las consecuencias sociales de esas rupturas - virtuales, todavía - no pueden ser minimizadas. No importa aquí, para la brevedad requerida en este análisis, volver a enumerar todas las carencias sociales que la «década perdida» del 80 sólo agravó; ni, por más importante que sea, dramatizar el efecto reforzador propiciado por la recesión en curso en el Brasil. Lo que importa señalar es la virtual ruptura de la sociabilidad construida a lo largo de más de dos décadas, provocada por el intenso crecimiento económico y, contradictoriamente, por la re-

presión del Estado burocrático-autoritario. Esta sociabilidad se construyó por la presencia de nuevos e importantes sujetos sociales, la nueva clase obrera y los nuevos sindicatos, por la poderosa emergencia de una rica y diferenciada clase media y, en combinación con eso, por una diferenciación de las arenas de la sociedad y del gobierno, en el interior de una economía en que las relaciones con el Estado ganaron en complejidad. Esa sociabilidad avanzó en el sentido de la construcción de una trama de relaciones público-privadas que, en razón misma de su mayor complejidad, exigió mayor transparencia. Ella se afirmó en el sentido de la institución de derechos, y en el sentido democrático de la existencia y reconocimiento de los conflictos como parte constitutiva de la construcción democrática, esto es, en el sentido de las «incertezas previsibles» de Przeworski.

Resulta evidente que esta sociabilidad conflictiva, en la práctica de su construcción en la sociedad brasileña, choca con soluciones milagrosas y mesiánicas; y choca, sobre todo, con una reestructuración económica que, bajo el acicate de una crisis redefinidora de la inserción de la economía brasileña en el contexto internacional, quiere hacer tabla rasa precisamente con la capacidad de negociación que los sujetos representativos de las clases trabajadoras ganaron bajo el estatuto de aquella sociabilidad, de la cual son intrínsecamente causa y efecto. Con otras palabras, la gran burguesía, principal sujeto dominante de la escena socio-económica, comprometida entre las presiones de una economía internacional exasperadamente competitiva, que no le proporciona salidas a la ausencia de un centro hegemónico que dirija el movimiento de capitales, y la sociabilidad construida a pesar de ellas, opta, decididamente, por la destrucción de esa sociabilidad, que le parece, no sin razón desde el punto de vista estrecho de sus intereses más inmediatos, el principal obstáculo.

Romper esa sociabilidad le parece, a la gran burguesía, la única salida para realinearse al movimiento del capitalismo dinámico más allá de las fronteras y obtener, así, su propia alternativa. Esta tendencia no constituye un proyecto de dominación; sería hipostasiar el papel que ella tiene, de dominante en la escena económica, hacia un papel hegemónico. Ese matiz, que debo a una generosa observación de O'Donnell, significa precisamente que la gran burguesía pretende hipotecar a los nuevos capitales - que espera ver llegar de los centros dinámicos - su condición de clase dominante, a cambio de una subalternidad que le asegure un «coto de caza». En este movimiento, ella ya hipotecó parte del Estado nacional y de su riqueza, que se transformaba en capital público en conjunción con los recursos estatales propiamente dichos. La privatización ya es parte de esa hipoteca.

Esa ruptura puede tener consecuencias dramáticas desde el punto de vista político y social. Sería fácil, otra vez, enumerar el elenco de las enormes desigualdades que atraviesan y constituyen a la sociedad brasileña, y apuntar como principal consecuencia el agravamiento de aquello que ya es grave. Pero este sería un argumento de corto vuelo, ya que ninguna solución «milagrosa», incluso a la izquierda del espectro político, puede satisfacer, ni a mediano plazo - la temporalidad de la perspectiva de este análisis - tales carencias. Puesto que lo que la ruptura de la sociabilidad «social-demócrata», para darle un nombre, bloquea, es justamente una de las mayores adquisiciones y significados de la democracia: el hecho de que, por la política, se corrigen las virtualidades perversas del mercado; que es, en el fondo, la lección de la experiencia democrática en todas las regiones y, sobre todo, en los países más desarrollados.

Referencias

- *Anónimo, NOVOS ESTUDOS. 26. p25-38 - CEBRAP. 1990; Tráfico de esperanças.
- *De Oliveira, Francisco, NOVOS ESTUDOS. 27. p67-92 - CEBRAP. 1990; A metamorfose da arriboça.
- *De Oliveira, Francisco, NOVOS ESTUDOS. 26. p5-14 - CEBRAP. 1990; O marajá super-kitsch.
- *Laclau, Ernesto, POLITICS AND IDEOLOGY IN MARXIST THEORY. - Londres, NLR Books. 1978;
- *O'Donnell, Guillermo, ANALISE DO AUTORITARISMO BUROCRATICO. - Río de Janeiro, Brasil, Paz e Terra. 1990.